



Rainbow family

Jornada 6ª. Sábado 28 de junio.
Matavenero-San Facundo

La nueva tebaida

Hay otros mundos posibles, pero están en éste. Hay muchos Bierzos reales y diferentes. Además del Bierzo oficial de las guías turísticas, hay un Bierzo distinto, oculto y ocultado. El Bierzo de las comunas de Matavenero y Poibueno, donde hubo un monasterio en el siglo doce y donde ha vuelto a renacer la Tebaida berciana.

Para desquitarnos del disgusto eólico del Redondal, volvemos a caminar. La tierra de uno debe conocerse a pie. Tengo noticia de un poblado hippie en Matavenero y allá nos encaminamos, a descubrir los otros bierzos, que no salen en las guías turísticas del Consejo Comarcal ni en la ruta de la mirada circular. Turismo rural de primera categoría. Estos montes de la Tebaida son propicios para el retiro y la soledad. En *El Viaje del Vierzo*, Anxo y yo subimos a caballo al Redondal y comimos con los técnicos de mantenimiento en el repetidor de televisión, que ahora está en obras para adaptarse a la TDT. En la bajada perdimos el camino a Castrillo y avanzamos por las peñas abriéndonos paso entre urces negras, brezos blancos y morados, genistas amarillas, tomillos y romeros lilas y toda la variedad de escobas y rastrojos que usted quiera, hogareñas para conejos, corzos y jabalíes, pero poco amigas de los caballos.



Cuando llegamos a Castrillo había un ermitaño, Antonio el Cabrero, que nos dio cobijo en su casa y nos llevó a merendar, al galope, a la bodega de Benigno en Paradasolana. Entonces, en el año 1988, Castrillo del Monte era un pueblo abandonado donde escribí “aquí no hay teléfono, ni médico, ni periódico. Hay una radio sin pilas que nadie enciende. No existen relojes, ni noticias, nunca sube ni baja la gasolina”. Antonio era el único hippie de la zona, desafiaba él solo, con su rebaño, a los lobos y otras alimañas, las antenas del Campo de Tiro del Teleno y los cortafuegos abiertos por el ejército. En Castrillo despedimos a Antonio y cabalgamos hacia Matavenero, pueblo entonces completamente abandonado y en ruinas, y por un camino inolvidable conseguimos llegar a San Facundo. Hoy quiero volver con Anxo, Sandra y Alicia sobre aquellos pasos, la jornada más salvaje y pura del *Viaje del Vierzo*, para que esta tierra amable nos contagie su lado más silvestre y solitario.

Leo, Beneara, Cithla, Yuca y Khloe

Bajamos felices por una pista forestal que en tiempos fue camino. Al año siguiente de haber pasado, como ha os he dicho, por Castrillo y Matavenero, desierto y en ruinas, llegó hasta aquí un grupo de ecologistas del movimiento *Rainbow Family*, familia Arco Iris –que también estuvo en el origen de Greenpeace–, procedentes de Copenhague y fundaron una comuna de jóvenes libres, herederos de Prisciliano y, como él, vegetarianos, ascetas, en armonía con la Naturaleza. Nuestra mirada se posa hoy en estos eremitas alemanes, daneses, brasileños, cosmopolitas, que han elegido El Bierzo para vivir y meditar en la cueva de San Genadio.

Un barco de madera varado en la nada nos da la bienvenida: “Hay otros mundos posibles, pero están en éste”. Una puerta entreabierta a ninguna parte, nos franquea el paso. Un grupo de jóvenes prepara un festival alternativo y construye un bar de madera y letrinas excavadas en la tierra. Sobre las tablas de algo que parece un palco, seis niños hacen pulseras y colgantes para vender en el festival. Conversamos con ellos, resulta difícil transmitir la cara de asombro de mis hijas. Leo tiene nueve años, es de Berlín, rubio, no sabe escribir y no va a la escuela. Beneara tiene nueve años y nació en Matavenero, de madre brasileña. Citlah, diez años, procede de Alemania y vino a España con un mes, hija de padre mexicano y madre alemana. Yuca, de once años, nacida en Valencia, viene de Dinamarca, va a la escuela y habla danés, valenciano “y un poco de árabe”. Khloe, once años, nació en Londres, de madre inglesa, lleva al cuello colgadas las llaves de su cabaña y teje una pulsera de dieciséis hilos.

-Papá, ¿ese niño tiene nueve años y no sabe escribir! –me susurra Alicia, escandalizada.

-Pero sabe hacer cosas que otros niños no saben: trenza pulseras, ordeña cabras, hace el fuego cada mañana, habla alemán y castellano, conoce las estrellas por su nombre, no tiene miedo a los perros, ha visto de cerca al lobo...

Trato de dar a mis hijas la mejor vida y la mejor educación y los padres de estos niños también. ¿Quién tiene la receta verdadera? Yo los veo muy felices y así los dejamos, en su pequeño paraíso, en esta guardería al aire libre, sin peligro de ser atropellados por un coche o abducidos por un programa de televisión.

A la entrada del pueblo conversamos con dos miembros de la comuna que suben la cuesta a caballo y nos cuentan su vida en Matavenero. Fue hace diecinueve años, en 1989, cuando llegó a estas montañas un grupo de Cristianía, comunidad hippie del centro de Copenhague. Llegaron en un Renault-4 cargado hasta los topes, con todas sus pertenencias, dispuestos a quedarse para siempre. De hecho Uly, uno de aquellos pioneros, sigue viviendo aquí. Comenzaron reconstruyendo las casas, con las manos y un pequeño tractor traído desde Alemania. Han fabricado una traída de agua que accionan con una rueda de bicicleta y un ingenioso ascensor con poleas para bajar las provisiones al pueblo, que está en una hondonada. Tienen tres vacas y treinta y pico cabras para ordeñar. Algunos son vegetarianos. Hace poco que tienen luz, pero apenas hay electrodomésticos y, desde luego, ninguna Play Station. Alicia les pregunta:

-¿De dónde sois?

-Del planeta Tierra, hija, del universo. ¡Somos hijos del sol!

Curioseamos libremente, sin que nadie se mosquee por nuestra indiscreción. La mañana es hermosa. Han reconstruido una buena parte de las casas que hace veinte años vimos en ruinas. Algunas tienen placas solares en los tejados. En una pradera divisamos un tipi polidédrico que están construyendo para acoger este verano una asamblea de ecoaldeas de toda España. Husmeamos en la escuela y en la biblioteca políglota, “tienen muchos libros”, comenta Alicia. “Mira, éste está en alemán”, le muestra Sandra. Pues sí, tienen mucho libros, algo descolocados, una escuela, una precaria enfermería –aunque van al médico



Los jipis de Matavenero estaban con las camisetas rotas, el pan estaba rico, lo hacían ellas, los niños estaban descalzos. Coco se cansó mucho. La escuela estaba llena de libros.

Alicia, *Cuaderno de campo*.

en Bembibre y, en una ocasión, una mujer embarazada fue evacuada en helicóptero-, una cantina y una panadería en la que trabajan dos hermosas panaderas alemanas, Jessica y Diana.

Jessica, pelirroja, de rasgos suaves y belleza serena, nos explica por qué llegó aquí y lo feliz que se siente, mientras raspa con una espátula los restos de masa pegados en la artesa. Diana atiza el horno y mete los panes ácidos con una pala de madera, como hacía Aurora en el horno de Rimor, como se hizo siempre, cuando la masa se dejaba a luidar, haciéndole una cruz: “San Vicente y San Creciente, que las ánimas benditas te despierten”. En los tres pueblos recuperados por la familia Arco Iris -Matavenero, Fonfría y Poibueno-, viven unas cincuenta personas y desde la ocupación han nacido aquí más de treinta niños y niñas. Jessica tiene dos hijos, Fin y Kelen, de 6 años, nacido en Portugal, porque ella vivió un tiempo en el Algarve. Su castellano es simpático: “Me gusta Naturaleza. Bar no vende alcohol”. Joder, como los moros. Anxo y yo veníamos por el camino soñando con una cerveza helada y “bar no vende alcohol”. ¿Dónde está el hilo abstemio que une a los ecologistas y vegetarianos con la prohibición musulmana de beber alcohol? ¿Qué sobriedad les une, qué lucidez comparten? Pienso en mis amigos marroquíes, en su té a la menta y sus zumos de naranja brutales. Tampoco los indios de las praderas conocían el alcohol y el hombre blanco lo usó para doblegarlos. Wounded Knee: “Los blancos no cesaban en su intento de hacer que los indios renunciaran a su forma de vida y adoptaran la de los blancos –cultivar la tierra, trabajar duramente y hacer como ellos- y los indios no sabían cómo; además, tampoco querían... Si los indios hubieran tratado de hacer que los blancos vivieran como ellos mismos, aquellos se habrían resistido, como ocurrió en el caso de muchos de los nuestros” [Jefe sioux Wamditanka, Águila Grande]



Yo no estaré allí. Me alzaré y pasaré. Enterrad mi corazón en Wounded Knee.

Stephen Vincent Benét

Y el alcohol se usó como una de las armas más destructivas para aniquilar la dignidad de aquellos pueblos y reducirlos a la reserva. Fue el primer guantánamo. Con la *Biblia* en una mano y el revólver en la otra.

La prohibición religiosa del alcohol, practicada por musulmanes, budistas, derviches, eremitas, vegetarianos y aquí en Matavenero compartida –que no impuesta- por la familia Arco Iris, es otro hilo universal que emparenta el espíritu de la Tebaida nilota y berciana con el ecologismo. “Bar no vende alcohol”. De modo que Anxo y yo nos tomamos un refresco de lima con hojas de menta en la cantina, cincuenta céntimos solidarios, y preguntamos al tabernero por el alcalde.

-Hoy no está Fermín, fue a la city.

Si uno prescinde de morbo y prejuicios, comprueba que la vida en Matavenero está bastante organizada, a su modo. Un modo de vida alternativo que en España practican unas dos mil personas, distribuidas en más de treinta ecoaldeas que se mantienen en contacto entre sí a través de la web y que hace poco se reunieron aquí mismo, en Matavenero. Pacifistas a ultranza, son los guerreros del Arco Iris, herederos de la tradición de los esquimales inui y de los hopis, predestinados a salvar la Tierra en peligro. Siguen la filosofía de Henry David Thoreau: “Fui a los bosques porque quise vivir profundamente y desechar todo aquello que no fuera vida para no darme cuenta, en el momento de morir, de que no había vivido”.

Y tienen normas, claro que tienen normas y pautas de convivencia: los novicios no pueden construir su casa hasta que vivan un año en comunidad; toman las decisiones en consejo, por votación; usan paneles solares para la electricidad en vez de motores; tienen saneamiento mediante letrinas secas, hacen compostaje; dedican un día a la semana a trabajos comunitarios; no tienen móviles, ni coche, ni problemas de aparcamiento, gastan poco en ropas de marca y menos en peluquería, no pagan hipoteca y no se intoxican con telebasura. Para quien quiera verlo así, tiene sus ventajas. En la taberna, nos llama la atención una carta pinchada en el tablón de anuncios: “Lo que comenzó con dos personas, se ha convertido en un pueblo con estructura propia, quince familias de siete nacionalidades, con perspectiva de largo plazo, han construido casas, abierto huertas, suministro de agua, una



escuela, una guardería infantil y una tienda para las necesidades diarias. [Carta al Presidente de la Diputación de León, 9 de septiembre de 1991]

Aunque no usan móviles –tampoco hay cobertura-, tienen un teléfono fijo que atiende Goyo, un catalán *fortut*, como él mismo se describe. “Me dieron una pensión por mudo”. Como hablaba mucho, lo pusieron de telefonista: “aquí cada uno tiene una misión”. Goyo, al que luego volvemos a encontrar por el camino a San Facundo, cargado con un saco, es un *superman* catalán, salido de alguna barricada del Mayo francés, o qué se yo, una reencarnación amable del Yeti, el increíble hombre de las nieves de Matavenero.

Antes de abandonar el pueblo hablamos con Cristina, que dejó Ponferrada para vivir aquí y no quiere fotos. Anxo respeta su ruego y ella nos cuenta la fábula de la cigarra y la hormiga:

-Aquí los inviernos son muy duros, pero si eres hormiga, no hay problema. Si eres hormiguita, hay que hacerlo todo en verano, apilar leña, arreglos en las casas, conservas, el vino...

-¿Cómo vino? –le interrumpo-, ¿no sois abstemios?

-Tienes mucho que aprender, amigo: también se puede hacer vino de fresas, de pétalos de rosas y miel... Pero si eres cigarra, al llegar el invierno tienes un problema. Si eres hormiga, en invierno, con poco esfuerzo, calientas la casa y a disfrutar del tiempo y de la compañía. ¿Puede desearse algo mejor?

El sendero de San Facundo

Tras compartir la mañana con las familias Arco Iris de Matavenero, echamos a andar por la senda mágica que sube desde San Facundo a la hoz de las Ollas, siguiendo el curso del arroyo Argutorio. Les cuento a las andarinas que Anxo y yo bajamos estas trochas con los caballos a cuestras, desde Castrillo del Monte, donde dormimos en casa de Antonio el Cabrero. Por el camino pensamos en la vida de los colonos de Matavenero, tan cercana al modo de vivir de los primeros indígenas bercianos. La forma elemental en que han recuperado las casas, la casi total ausencia de dinero y comercio, la economía de subsistencia, la integración con el medio, todo nos transporta en el tiempo. ¿Para qué sirve entonces el progreso y el conocimiento? Discuto con Anxo las ventajas e inconvenientes del desarrollo, de las nuevas tecnologías. Nos repugna la contaminación pero no estamos dispuestos a prescindir de la calefacción o del coche. Nos importa la tala de árboles, pero no renunciamos a echar a la basura cada día toneladas de papel. Nos gustan las plantas medicinales, pero si apremia un cáncer, un hospital es un hospital.

Quizás el reto de nuestra generación sea encontrar el punto de equilibrio entre progreso y naturaleza que se rompió en algún momento de la Historia, bastante reciente. Los romanos tardaron décadas en arruinar montes intactos y provocar el desastre ecológico de Las Médulas. Hoy con la flota de camiones de cualquier cantera, y un poco de dinamita, podríamos causar el mismo estropicio en una semana. Y así en todo. Frente a la desorbitada capacidad de destrucción de las actuales máquinas, el impacto ecológico de los colonos de Matavenero es positivo, como lo fue durante siglos el de los pobladores bercianos amparados en los angostos valles de Palacios de Compludo, Ferradillo o Cariseda.

Charlamos estas cosas camino de San Facundo, mientras Alicia y Sandra saltan intrépidas, alucinadas por el sendero de cabras y vados sorteados mediante puentes de madera y musgo que les transporta al bosque de los elfos y las hadas. Pero esto es mucho mejor que cualquier película. Hay miles de carrascas o encinas. Que en la parte de Toral



Goyo



Antonio el Cabrero



llaman encinos cuando son árboles maduros. Ali y Coco pasan divertidas por debajo de los troncos derribados. Cruzamos dos puentes de madera y sorteamos varias morrenas de pedracales incómodos y peligrosos. Geometría de la torcedura del pie derecho: los cantos puntiagudos y llenos de aristas invaden lo que se supone es el camino. Poco a poco, muy contentos, sin apenas notar el cansancio, vamos bajando en dirección al humeral y comienza a escucharse el río en el fondo del valle.

Paramos a tomar un tentempié de empanada a la sombra del Humeral, sentados en el suelo, y Coco reclama su parte del botín. Poco antes de llegar a San Facundo el embalse sobre el arroyo Real, que da beber a los de Bembibre, se interpone en nuestro paso y nos obliga a nuevas subidas y bajadas. La vegetación cambia de pronto: los chopos y castaños abren un pasillo frondoso hasta el pueblo.

“Cuando llegamos a San Facundo –escribí en 1988- estamos rebozados en el polvo y el sudor del camino, necesitados del caldo de fréjoles y las truchas que nos sirven en el merendero Vila, el único negocio del pueblo, donde sólo quedan seis vecinos”. Pero esta vez, también sudorosos, no paramos a tomar las truchas como tiburones de Vila porque nos apetece un baño fresco y porque buscamos la playa fluvial de La Ribera, donde suena con estrépito el reloj electrónico de la villa, tocando los cuartos y las medias. ¿También montará este estruendo de noche? ¡Pobres vecinos!

De Cabo Verde a Bembibre, pasando por Tomar

En nuestra ruta, después de conocer a los hijos del sol de Matavenero, hemos seguido buscando el contacto y la convivencia con “los otros bercianos”, personas de carne y hueso que han hecho del Bierzo su tierra adoptiva y que, con demasiada frecuencia, se dirían invisibles. Salgamos juntos del armario: hoy recalamos en un piso familiar distinto, entre Mojasacos y Bembibre. Sandra y Alicia se maravillan de que nuestros anfitriones sean negros y les digo que son cabobercianos...

El 25 de abril de 1974 en Portugal floreció la revolución de los claveles, que el régimen franquista vivió como una amenaza y los opositores al régimen como un presentimiento, aunque Franco aún tardó más de un año en rendirse, en fallecer de muerte natural. Uno de los hilos universales que tejen el tapiz de nuestro viaje enhebra la revolución de los claveles con Bembibre, a través de Cabo Verde, colonia portuguesa que consiguió la independencia el 5 de julio de 1975, como una de las consecuencias del triunfo de los capitanes. Por aquellos días, en noviembre de 1975, el rey Hassan II de Marruecos lanzó la Marcha Verde, la marea humana que acabó con las colonias españolas en el Norte de África, salvo Ceuta, Melilla y Perejil.

Años después, en febrero de 1988, viajé a Lisboa para entrevistar a José Saramago -recuerdo la conversación entrañable con el escritor ya entonces admirado, en un piso humilde, tapizado de libros-, y luego visité en la cárcel de Tomar a uno de los líderes de aquella revolución, el capitán Otelo Saraiva de Carvalho. Camino de la Casa de Reclusão, encontré otro hilo invisible que unía, de almena en almena, la histórica ciudad de Tomar con *El señor de Bembibre*: la encomienda templaria de Tomar, un castillo parecido en todo al de Ponferrada, que fue punto neurálgico de la Orden del Temple, decisivo en los momentos finales de su caída y exterminio.

Carne de presidio: como el último maestro templario, Jacobo de Molay, Otelo Saraiva de Carvalho llevaba casi cinco años en prisión por ser fiel a su conciencia. Nacido en Mozambique, alférez en Angola, Otelo representa la conciencia contra la colonización y el fascismo: “O povo é quem mais ordena”.

Bene Vivere. topónimo documentado ya en 1198, de origen dudoso (celta, latino, medieval...), con el significado aparente de buen vivir, lugar fértil, que Moralejo acepta y diferencia de otros topónimos en -bre (raíz ibérica, =ciudad, como Añobre, Bayobre, Fillobre). Otros autores sugieren “bene bíbere” (=buen beber, buenas aguas). No me convence ninguno; pero, de elegir uno, “buen beber”, a ser posible vinos de la parte de Viñales.

Otelo no estaba en la cárcel por casualidad. Fui a verle en compañía de otro militar demócrata, el capitán Pepe Fortes, destacado miembro de la UMD, que jugó un papel tan decisivo en la democratización del ejército español. En el locutorio de la cárcel tuve el privilegio de ver cómo los dos históricos militares se abrazaban, transmitiéndose la energía y la amistad de quien tiene la conciencia limpia. Los dos capitanes, revolucionarios por libre, *on my way*, luchadores por la libertad, han sufrido cárceles, tribunales sordos y ciegos, censura y ostracismo. Otelo y Fortes se abrazaron solidariamente en Tomar y, ajena al calendario, estalló en claveles la primavera. Otelo vestía uniforme militar, color verde oliva, y mejoró a Fidel Castro: “Ha tiempo que estoy irrevocablemente absuelto por la Historia”. Lo vi entero y nos confesó que no había estado deprimido nunca: “¡Nunca!”. Luego nos regaló su libro-alegato, *Acusação e defesa em Monsanto* y una lección tomada de san Francisco de Assís que, en honor a los cabobercianos, prefiero citar en portugués:

Concedei-me, Senhor, serenidade
para aceitar tudo o que eu não possa mudar;
coragem para mudar aquilo que eu possa;
e a sabedoria necessária para reconhecer a diferença.

Un soldadito de zarzuela llamó despacio a la puerta, se ha acabado el tiempo de visita. Saraiva de Carvalho se puso en pie, fuerte como un roble. Ha sido un encuentro breve, pero intenso. Hacía ya rato que el sol ponía al rojo las almenas templarias de Tomar.

Cabobercianos

Cuando, gracias a la revolución de los claveles, Mozambique, Angola, Santo Tomé, Príncipe y Cabo Verde consiguieron independizarse de Portugal, el ciudadano portugués José Antonio Mendes Tavares tenía veinte años y una vida por delante. Sin mucho futuro en su propia tierra, expoliada, empobrecida y emputecida por siglos de corrupción ejercidos a sangre y fuego desde la metrópoli. José Antonio Mendes Tavares es ahora ciudadano español y vecino de Bembibre. Nació en 1955 en la Isla de Santiago, en la costa de Cabo Verde. Con el traje impecable y la corbata verde impoluta, fue el ciudadano más elegante de los que acompañaron al Santo *Ecce Homo* en la procesión de este año.

He aquí el hombre: José Antonio, casado con Augusta María, de San Nicolau, pertenece a la primera generación de inmigrantes de Cabo Verde que llegó a Bembibre buscando trabajo en la mina. Han pasado casi treinta años y mantienen contacto frecuente con sus padres y hermanos, que siguen en Cabo Verde. José Antonio y Augusta tienen siete hijos, uno falleció en un accidente hace dos años. Todos los hijos tienen ya la nacionalidad española: Eunisia, Verónica, Isabel, Jennifer, Elías y Michael. Son la segunda generación de cabobercianos: han ido a la escuela de Bembibre, juegan en sus equipos de fútbol, van de botellón con los demás jóvenes del pueblo y bailan en las plazas, porque el Susi, el alcalde, “aún no nos ha dado la sala de *break-dance* que nos prometió”. Pero ya hay familias que tienen entre sus miembros a la tercera generación de cabobercianos, los nietos de los primeros inmigrantes llegados en los años ochenta.

La re-colonización del Bierzo y Laciana a manos de los inmigrantes de Cabo Verde y Pakistán debe entenderse en el contexto de una profunda revolución demográfica sufrida por nuestra comarca en pocas décadas. No te entretengo mucho; pero quédate con un par de datos. A principios del siglo pasado, en 1900, la cuenca del Boeza tenía 15.000 habitantes, de los que apenas 1.200 vivían en Bembibre, repartiéndose el resto entre Castropodame, Congosto, Folgoso, Igüena, Noceda y Torre. Cien años después, en 2001, la cuenca del Boeza tiene 21.000 habitantes, de los que casi 10.000 viven en Bembibre. Es



Inmigrantes en Bembibre en 1978

decir: el crecimiento ha sido mínimo –seis mil vecinos en un siglo, una media dramática de sesenta vecinos por año- y todos los núcleos del arciprestazgo del Boeza han ido perdiendo población a favor de Bembibre, que es el único que crece, pasando del 8% al 43% del total. En paralelo, en las últimas décadas, años 80/90, “desaparecen la agricultura y la ganadería tradicional y con la crisis minera se pierden más de 2.000 puestos de trabajo directos en la mina” [Jovino Andina]

Por lo demás, esta tendencia a la despoblación ha sido generalizada en todo El Bierzo, donde de las 332 localidades bercianas, 210 han perdido población en los últimos años. En este contexto demográfico, en los años setenta empiezan a llegar al Bierzo Alto los primeros inmigrantes de Cabo Verde y Pakistán que, después de tres décadas, forman parte del tejido social bembibreño. Eran tiempos en que un picador podía levantar 100.000 pesetas al mes, una fortuna en el año 1978, y el dinero de la mina atrajo al Bierzo Alto a más de dos mil inmigrantes. “Los cabobercianos –escribía aquel año Alberto Huerta en *La actualidad española*- están muy considerados por su potencia física; han caído bien en toda la comarca, y algunos quieren quedarse a vivir en España para siempre”. Los negritos lo consiguieron y treinta años después, ahí están, resucitando la demografía berciana.

Los cabobercianos se han integrado con facilidad: el dominio del idioma portugués, herencia colonial trufada con su propia lengua criolla, les facilita la comunicación. También es herencia lusa que el 97% de la población de Cabo Verde sea católica, lo que es otro factor de integración en Bembibre. Estos dos parentescos culturales, la religión y el idioma, explican que al final quienes vinieron como emigrantes, por necesidad, se hayan quedado a vivir para siempre. Ya son bercianos. Hubiera sido más difícil la integración de un grupo numeroso de magrebíes, inmersos en su cultura musulmana y con veto de por vida al botillo, que como todo el mundo sabe es el sustento diario y natural de los vecinos y vecinas de Bembibre y su cuenca minera. Pero los cabobercianos toman botillo y chorizos como si hubieran nacido en Rodanillo, con razón o sin ella, y participan en las procesiones, con más devoción que los nativos.



Para apoyar su integración, en 1986 crearon la Asociación Amílcar Cabral, que lleva el nombre del líder de la independencia de Cabo Verde. Y ahora, los nuevos bercianos que han convertido Bembibre en un suburbio de París, que han llenado las escuelas, los pabellones y las reinas de las fiestas patronales de color humano, de *break-dance* y de acentos criollos, celebran cada cinco de julio la fiesta de la Independencia. Me parece que El Bierzo, secularmente colonizado, comarcalizado y fronterizado, debería adoptar esta fiesta de los bercianos de Cabo Verde como propia y declarar el cinco de julio, Día de la Independencia de la República del Bierzo.